

Año VI

San Sebastián: Miércoles 18 de Noviembre de 1896.

Núm. 1593

SECCIÓN FINANCIERA SERVICIO ESPECIAL DE LA UNION VASCONGADA

Cotización de la Bolsa de París

	Día 16	Día 17		Día 16	Día 17		Día 16	Día 17
Francia.—Sp. %.	102,50	109,90	Fer. Ordóñez...	1.689	1.684	Italiano...	90,10	90,25
id. Sp. % amont.	100,75	100,70	id. Norte...	1.680	1.681	Tarso 4 p. %	10,15	10,15
id. 3 1/4 nuevo...	105,20	105,17	id. Lyon-Midi...	1.622	1.620	Egipto Unido...	104,07	104,05
Banco Francet...	8.520	8.620	id. del Oeste...	1.115	1.105	Basil...	64,50	63,90
id. de descuento...	000	000	id. del Este...	967	963	8 p. % portugués...	00	26,50
Comp. d'Escom...	568	567,50	Canal de Suez...	8.840	8.830	Pamp. húngaro...	104,80	104,85
B. P. y P.-Ba...	707,50	795	C. T. Trastántica...	844	855	Pamp. Barcel...	215	215
Crédit Fonciar...	655	655	Maneja Marít...	710	711	Lombardos...	229,50	229,50
Credit Lyonnais...	770	770	Compa. del Gas...	1.026	1.030	Rio-Tinto...	640	631,50
Soc. Géndola...	508	503	Norte España...	100	99	Corinto...	0	7
Crédito Induct...	578	575	Med. Zar. Alic...	144	142,50	Taarsis...	154,00	154,40
Banco Otomano...	534	530	Panamá...	5,25	5,25	Veler duro esp...	8,95	8,9150
Banco de París...	416	416	Consolid. Inglat...	110,50	111,50	Buenos Aires...	000	282,50
Fond. Lyonnais...	859	859	Esp. ext. 4 p. %	60	60	0,25		
Fer. del Midi...	1.806	1.807	Euro 8 p. %	98,25	98,25			

CRÓNICA

EL PATRIOTISMO

Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, la mayor parte de los escritores y de los filósofos han tenido ocasión de ejercitarse en el magnífico tema de la patria, de la cual han hablado siempre, los unos como moralistas, los otros como poetas, y muy pocos como simples fisiólogos, sin ningún entusiasmo, y sólo bajo la influencia de la fría razón.

Sin duda es fácil escribir sobre tal asunto pomposas frases y ensalzar el patriotismo como la más hermosa de las virtudes; pero prescindiendo de esto, mientras que los pueblos, más separados por los despotas que por los ríos ó las montañas, desconfían unos de otros y se odian mortalmente, todo hombre estará obligado á defender contra un invasor la cuna de su hijo y la tumba de su padre, aunque seguramente llegará un día en que ese al fin este odio antagonismo, que demasiado á menudo aún hace correr torrentes de sangre humana.

La guerra, más rara y más vergonzosa á medida que la civilización progrese, se extinguirá por último en un tiempo que tal vez no esté muy lejano; las fronteras desaparecerán, las manos se estrecharán cordialmente; y el amor á la patria, extendiéndose más aún, se confundirá con el amor á la humanidad.

Hasta que este bello ideal se realice, el sentimiento de la patria, hereditario como otros muchos, seguirá siendo instintivo en la mayoría de los hombres, y siempre existirá en ellos, al menos en estado latente. Joven ó viejo, así el español, como el francés, el italiano, etc., estará orgulloso de su nacionalidad, y si algún extranjero critica su carácter ó sus costumbres, su amor propio se resentirá al punto.

El sentimiento de la patria es el que hace morir de nostalgia al desembarcado lejos de su país natal; es el que comunica al soldado el valor, el entusiasmo, la temeridad sublime, que le hacen arrostrar la muerte.

Para conocer bien la exaltación patriótica, para saber qué grandes acciones puede inspirar, no hay mejor teatro que el campo de batalla. En esos horribles conflictos, en esas luchas impías del hombre contra el hombre, la patria está representada á los ojos del soldado más que por un símbolo, por ese pedazo de seda que llaman «bandera», y cuando se trata de defender ese emblema sagrado, el más pusilánime se convierte en un héroe, y el más pacífico en un ser sanguinario.

Así en el asalto como en la refriega, el soldado se transfigura; su fisonomía expresa á la vez el entusiasmo y el furor; el pliegue vertical de la tenacidad surca su frente; sus ojos fulgurantes parecen salirse de las órbitas; su nariz se dilata, y de su pecho escapan gritos roncos ó desgarradores. Olvidando su propia conservación, precipítase en medio de la pelea, como arrastrado por una fuerza sobrehumana; corre, vuela sin aliento, vocifera en medio de las balas; y ennegrecido por la polvora, cubierto de sangre, magullado, quebrantado, herido, no siente, ni oye, ni ve ya nada hasta que llega á la tumba.

Sin embargo, la pasión patriótica no es del dominio exclusivo del soldado; el historiador que refiere los acontecimientos políticos de que fué testigo, el artista que los recuerda en el lienzo ó los graba en la piedra, el poeta que escribe un poema épico ó un himno guerrero y el potentado que entrega su hacienda para los gastos de la guerra, están más ó menos animados de semejante ardor. Rouget de l' Isle, el inmortal autor de la Marsellesa, nos ofrece el más hermoso ejemplo de ese patriótico entusiasmo promovido solamente por la inspiración poética.

Lo doloroso es tener que emplear el patriotismo en someter á hijos rebeldes de la propia familia cual nos sucede con la insurrección cubana. Pero en cualquier sentido que se emplee lo cierto es que los españoles estamos dando muestras de tenerlo muy ferviente al no economizar la sangre de sus soldados ni las pesetas de sus mal provistas arcas.

El patriotismo en el español es innato y por eso España, lejos de hundirse, vencerá dominando todas sus dificultades.

Oderflá.

La vida municipal

Contrastes

El parlamentarismo se ha inoculado en nuestros organismos populares, divididos hoy en mayorías que responden como un solo hombre y minorías que anuncian interpelaciones, formulan votos de censura, obstruyen y paralizan la función administrativa con la invocación del articulado de las disposiciones centralizadoras.

Hemos conocido en San Sebastián, ayuntamientos compuestos de concejales por sorpresa: una votación acordada en un círculo de buen humor y recreo. Investia de concejal, á quien ignoraba que existiese dicho cargo oficio.

El vecindario tan solo se enteraba de que tenía un administrador, en las únicas manifestaciones de la corporación: el día del Corpus, que el Ayuntamiento presidia la procesión, ó el de Semana Santa, con la corporación fúnebre que se dirigía á la iglesia, con sus clarines bramando tristemente, los heraldos enladrados con la maza velada por el cresón y el alcalde ostentando la llave y la cadena de oro del Sagrario.

La vida de relación era más íntima, las palpitations populares percutían en el Ayuntamiento sin atravesar por los filtros oficiales del día y el Consejo, resolviera á la buena de Dios, en una tramitación á la pata la llana, siendo sincero en sus equivocaciones, que las rectificaba sin dolor para su amor propio.

Quien no sea viejo, habrá advertido la transformación radical del Ayuntamiento.

Habrá no hace muchos años, un alcalde que tan solo los días de sesión iba al Ayuntamiento.

Llegaba á la puerta y gritaba desde ella:

—¡Alcaldeoooo...?

—¿Alcalde...? no hay nada señor alcalde...

—Bueno, adiós, Salcedo.

—Adiós, señor Alcalde.

La vida municipal quedaba redonda á este diálogo, que gritaba el alcalde y que el Ayuntamiento ó sea Salcedo, contestaba desde lo alto, en mangas de camisa y con el plumerillo en la mano.

Runrun

Y gordo fué el que hubo ayer en las suertes del Banco de España por cuyas ventanillas entraba el dinero á espaldas, sin más objeto que enterrar bajo paletadas de pesetas ó los Marcos, Gómez, Garcias y demás canallas ultramarinas.

España ha dicho á esa colección de usureros extranjeros; guardad vuestro dinero, no necesitamos ni alianza, ni crédito, porque aquí

hay de sobra patriotismo, para arreglar nuestros asuntos.

Rosthild, había de ser el que intentase es-
pecial con nuestras desgracias. Pidió temar
parte en el empréstito con 25.000.000 de pesetas
para que lo devolviésem 25.000.000 de francos,
que es bastante más; pero el Consejo le ha con-
testado.

A otra puerta, perro judío.

Guerrita se ha suscrito por 125.000 pesetas.
Quintas cabecas de toro representan esta suma.

La excelentísima, ilustrísima, patriótísima
y riquísima condesa de Bornos se ha suscrito
por 10.000.000 de pesetas. Con unas cuan-
tas condesas así, se acababa pronto la guerra.

En todos los cuadros hemos visto siempre
pintado á San Sebastián desnudo.

Si hubiera vivido ahora, con esos 9.000.000
que excelente cosa hubiera tenido!

Después de Madrid, Barcelona y Bilbao
ninguna población de España aventaja á San
Sebastián en la cuantía de la suscripción al
emprestilo.

Esto para que nos digan los forasteros que
este es un pueblo de patronas.

MUNICIPIO

La sesión de ayer

Fué presidida por el alcalde señor Lizasoain
y asistieron los concejales señores Ucelayeta,
Azañegui, Egúiza, Aguirrebarbala, Irastorza, Sa-
riegui, Echeverría, Echenique, Jornet, Rezela,
Allaiz, Mendizábal, Ducloux, Goñi, Agui-
ñaga, Goiburu, Alzaga, Pavía, Carril y Ugarte.

Llevo y aprobada el acta de la sesión ante-
rior se entró en el despacho ordinario.

▲ La comisión de Hacienda pasaron el acta
de recepción definitiva de las obras construidas
por D. Bautista Elósegui en la nueva fábrica
de tabacos y una liquidación del arquitecto mu-
nicipal señor Goicoa de las obras ejecutadas
por D. José Arozamena en el trozo de alcanta-
rillado de la calle de San Martín.

▲ La Alcaldía pasó el pliego de condiciones
para la subasta de cueros y sebos procedentes
de la tabla reguladora en el próximo año na-
tural.

Pasaron á sus respectivas comisiones otros
diversos asuntos que por su escasa importancia
no damos á conocer.

Despachada la orden del día se dió lectura
á un informe de una comisión especial que ha
entendido en los proyectos para el saneamiento
de la población.

Llevo aquel informe y al comenzar el del
director del Laboratorio químico referente tam-
bién al mismo asunto, el señor Pavía pidió la
palabra.

—Es verdad; ¡quién eres tú!

—Don Alfonso de Castilla; un infante
navarro, según el frero que nos conoce. Es
el título á todos los extranjeros que podí-
mos mantener un caballo, un armés comple-
to, un escudero y una lanza.

—¡Alfonso! ¡El querido de mi cora-
zón! —añadió la Reina.

—Bien está; pero entre un extranjero de
los de lanza, caballo y escudero, y un queri-
do de su alteza bien puede caber un... —¿Qué
diré yo? —Un villano! Es poco. —Un judío!
Menos... —Un agotel.

—¡Oh! ¡Calla! ¡Qué horror! —exclamó la
de Fox con visible repugnancia; hablemos
de... de...

—Anudemos, señora mía nuestra conver-
sación. —¡Oh! confesad, doña Leonor, que la
divina providencia os favorece de una ma-
nera privilegiada. Estais sola; no tenéis que
compartir con nadie el mando supremo; van
á cumplirse todos vuestros deseos de una
manera superior á como los habréis conce-
bido. Vuestro esposo ha muerto; con nadie
compartireis el trono; vuestro hijo D. Gas-
tón ha muerto; nadie os ostiga para que de-
jeis el trono... Sería un crimen, señora —
añadió el infante con tono grave— sería
una oposición criminal á los deseos, á los
decretos del Altísimo impidiros que reina-
seis. Dios nuestro Señor, teniendo en cuenta
siu duda, las lágrimas que os ha costado la
muerte de vuestros dos hermanos; queriendo
premiar vuestras virtudes, vuestra noble
ambición, concede hoy á Navarra, por tantos

un bocado, una gota á tus sedientos labios. Gobernar en nombre de otros es, en fin, sufrir todas las amarguras del mando, sin saborear ninguno de sus gozos. ¡Oh! ¡Si yo no reinase ahora, sola, libre, tranquila, independiente, moriría desesperada; porque esto solo ha servido para encender, para irritar mis deseos, para hacerme conocer en toda la extensión lo mucho que me falta que disfrutar! —Ves esta carta? —añadió doña Leonor sacando un papel de su escarcela: —esta carta que tengo siempre conmigo y que rasga á la hora de mi muerte, para qué no quede rastro siquiera de semejante oprobio? Esta carta es de mi padre, y en ella está la prueba de mi humillación, de mi deshonra (1). Yo pedía dinero al Rey para mis gastos pues ni siquiera me daba lo necesario para vivir; y él me contesta que yo soy quien debía remitirle hasta doce mil florines, como lo hacía el príncipe don Carlos: yo acusaba á Juan y á Fortunio de Toledo porque se habían burlado de mi autoridad real; y él me contesta defendiéndolos abiertamente y amenazándome si los castigo, y colmóme de mercedes: yo me quejaba de que los oficiales del Rey estaban muy mal pagados, y que murmuraban de mí, y él me replicó extrañándose de que no estén repletos de oro, y haciendo los cargos más infieles: yo le pedía que de una vez declarase cuales eran mis facultades como reina gobernadora; y

él me contesta con ambajes y rodeos para tener siempre pretextos de acusarme, y me amenaza, por último, ¡qué horror! con la misma que á mis hermanos Carlos y Blanca, que murieron envenenados. —Y esto es reinar! —Y esto es cesar corona! —Alfonso, Alfonso! Yo estoy sola; pero Jouánto ha vivido el Rey!

—Pobre Leonor! —exclamó el infante— j'vers obligada á desear la muerte del...

—De todos mis deudos, de mi mismo padre!

Al pronunciar la princesa estas palabras bajó los ojos al peso de sus remordimientos ó su vergüenza, y el caballero retiró su mano haciendo un gesto de horror y desprecio, tan terrible quizás como los criminales secretos que estaba escuchando.

<p